

"La ducha" Barcelona, 11 marzo
1918

5-193

(Recogido en "de esto y de aquello,"
tomo IV)



PARA LOS JÓVENES

LLEGAR

No cabe, mi joven amigo, que nos entendamos; usted habla un lenguaje y yo otro, y nos empeñamos, no sé bien por qué, en no traducirnos. Emplea usted frases de esas que en puro oír las de labios maquinales han acabado por hacerse inteligibles.

Una de ellas es esa de «llegar». Francamente, cada vez lo entiendo menos. ¿Qué quiere decir lo de fulano «ha llegado»; «mejorando no llegará»; «es tan difícil hoy para un joven llegar»; y otros dichos de la misma calaña? ¿Qué es eso de llegar? Llegar, ¿a dónde? No hay más que una llegada segura e ineludible: la de la muerte. Y esta es, tal vez, más que llegada, partida.

Contaba Ulises a la hija del rey de los feacios, que se encontró en el reino de Aedes, entre las sombras de las heroínas muertas, con la de Ifimedia. La cual parió dos hijos, Oto y Efilte, que a los nueve años tenían nueve codos de ancho y nueve brazas de alto, siendo los más hermosos que crió la tierra aquella después de Orión. Estos dos jóvenes gigantes amenazaron armar guerra a los inmortales mímicos, y para ello intentaron poner el Osa sobre el Olimpo y sobre el Osa el Pellón, a fin de que el cielo fuese accesible. Y lo habrían conseguido, añadió Ulises, de habérselos comado la medida de la mocedad. Pero Apolo les mató antes que les floreciera el vello sobre la boca y bajo las sienes.

¿Intenta usted, mi joven amigo, escalar el cielo, montaña sobre montaña, y temer morir antes de que la medida de la mocedad espiritual se le comie? Si es así, entiendo lo de llegar, si no, no lo entiendo.

Y ¡ay de usted, el día que se le cumpia esa de llegar. Le empezará el retorno.

Vea aquí por qué tantas veces le ha deseado esperanzas que ni se le ajen, ni se le realicen; esperanzas siempre verdes y sin fruto siempre, esperanzas en eterna flor de esperanza.

Le duele ser discutido y negado. ¡Ay de usted si no lo fuese! El día en que llegue usted a ser un valor reconocido por todos, un valor entendido, el día en que se le rindan reverentes los que hoy le discuten; o sus hijos—si ese día triste le llega—será el de la vejez del alma. Cuando el Dante reconocía los reinos de los muertos, sorprendíanse éstos al ver que aquél arrojaba sombra, y por ella sacaban que estaba vivo. Si hubiese dejado de arrojarla, era que había pasado ya el umbral de la muerte, donde toda sombra acaba en las tinieblas. El día en que usted no haga ya sombra, es que tendrá entrada en el reino de los inmortales, es decir, de los muertos.

Ya sé que es a lo que usted aspira, a entrar en este reino de los pálidos ensueños, a la inmortalidad de la muerte. Pero ¿cree usted que la presa vale la caza o la victoria el combate?

Si usted hiere, y el herido grita, es que usted está vivo; si no se inmuta siquiera, es que están o él o usted muertos. Probablemente los dos.

El día en que con voz triunfante digan de usted «¡ya entiendo a este hombre!» está usted perdido; porque desde entonces no es usted ya suyo, sino de ellos. Desde entonces les dirá usted siempre lo que creían que iba a decirles y lo que querían que les dijese.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SALAES